

teamientos próximos al cubismo y un poco ingenuistas, cualidad personal en la que muchos autores insisten. La personalidad de Miró se va definiendo, aplica una mirada amorosa sobre los objetos y los dota en su transcripción a la obra de un gran sentido poético que oscila entre el surrealismo simbolista y la abstracción.

Miró trabaja alternativamente en París y Montroig, la casa de sus padres, donde la familia pasaba los veranos. En las obras de este período funde el amor a lo natal, a la tierra, a lo familiar, lo doméstico, con su sentido universalista, cualidad que permanecerá ya a lo largo de toda su obra.

Las obras de esta época manifiestan ya las características de su arte, tal y como lo admiramos en nuestros días. En ellas encontramos ya por entero las formas esquemáticas, las «manchas» de color, los fondos pacientemente preparados, la fantasía. Son obras excesivamente complejas, pero que abarcan ya el repertorio de signos de Miró.

En 1928, con 35 años de edad, viaja por Holanda y expone en EE.UU., después en París, ya ha comenzado el torbellino de exposiciones del que no se librará hasta el final.

El período del 36 al 39 lo pasa en París. La guerra española, la tristeza, el drama, la conmoción que inunda a todos... La obra de Miró se vuelve violenta, incluso agresiva, se desorienta y vuelve a las fuentes figurativas y de fuerte color en busca de orden y equilibrio; a partir de entonces comienza a buscar con absoluta conciencia un «mundo habitable».

La crisis humana intenta resolverla dentro del arte, pero

afectado por la guerra española cae en un profundo encerramiento de angustia y soledad. De este momento es su obra *Naturaleza muerta del zapato viejo*, cuadro con elementos figurativos reconocibles de color exasperado, en el que trata de dar una visión apocalíptica donde el paisaje se resquebraja por la tensión tanto de la forma como la violencia del color. Los vermellones atruenan.

En 1940 debe alejarse de Francia, regresa a Cataluña y más tarde se instala definitivamente en Palma de Mallorca. Al margen del tumulto bélico sigue pintando, se dedica a la litografía y, en colaboración con Llorens Artigas, a la cerámica. Trata de llevar con la mayor dignidad un exilio interior y hasta el 56 sólo realizará exposiciones en el extranjero.

El historiador español J. A. Gaya Nuño opina que Miró era un surrealista «nato», incluso antes del movimiento como tal, y que en realidad no perjudicaron a su personalidad las relaciones con los surrealistas, pero que tampoco lo crearon; en todo caso, podemos admitir que el surrealismo fue un medio donde nuestro artista se encontró cómodo y que favoreció la divulgación y comprensión de su obra.

La obra de Miró es una especialidad pictórica bidimensional, plana. A la hora de elegir detalles o darles importancia dentro de la obra, sus motivaciones son de preferencia afectiva. Sus paisajes son metafóricos; no describe la imagen según las leyes de la visión común, sino que se deja invadir por el estado de ánimo, por la carga afectiva oculta de cada objeto. Esta falta de jerarquía en la concepción del mundo explica la coexistencia de un

realismo riguroso y la fantasmagoría de sus objetos, únicamente regulados por la lógica del juego.

Es un pintor que no plantea problemas, pues parece desconocerlos. No recurre a la tradición ni la niega, simplemente vive al margen.

El arte nace de la búsqueda de un signo que ayuda a penetrar en las realidades más profundas de nuestra vida. Y Miró se expresa a través de signos, signos herméticos, como los antiguos hicieron con sus grandes secretos.

Es tan importante en el lenguaje la forma de expresarse que hay mensajes cuyos contenidos son insolubles de la técnica y la clave en que están cifrados.

Y este factor, que es la obra de cualquier artista tiene suma importancia, en la obra de Joan Miró es una de las claves para su goce estético.

¿Cómo podríamos traducir a ningún lenguaje un acto de amor al trabajo, de pura contemplación y mística poética? ¿Cómo simplificar el lenguaje si no es desvirtuándolo? El lenguaje del alma no se puede reducir. Así que no tenemos otro camino que iniciarnos nosotros en él. En el lenguaje del arte, para poder llegar a sus recovecos.

Esto son los grabados de Miró que vamos a contemplar, resultados de un éxtasis poético. Si queremos saber de esa experiencia, de ese estar del espíritu, tendremos que abrir los ojos y el corazón, contemplar la obra, con la mente en blanco y la sonrisa en el alma, muy relajados, con la esperanza de que ese espíritu que ha quedado impreso en el papel quiera hacernos el regalo de dejarse sentir. ■